



asuntos
públicos
.org

Novedades

21/07/2006
Economía
La Importancia del Informe Marcel

17/07/2006
Política Nacional
Concertación: el Desafío de Construir un Nuevo Programa

11/07/2006
Economía
Fórmulas de Apoyo a las Empresas de Menor Tamaño en la Economía Globalizada

07/07/2006
Economía
Mujeres Discriminadas y Ancianos Abandonados: Algunos Mitos Presentes en la Reforma de la Previsión

06/07/2006
Educación
Calidad de la Educación y Reforma de la LOCE: Algunos "Issues", Dilemas y Desafíos (II)

04/07/2006
Política Internacional
México: un Sistema Político Enfermo

El listado sólo muestra los 6 últimos informes publicados. Para obtener información anterior, visite nuestro sitio web www.asuntospublicos.org

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.org.

©2000 asuntospublicos.org.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe N° 552 Política Nacional

26/07/2006

El Juego de los Bolos y el Gobierno Ciudadano

Genaro Arriagada

Desde hace a lo menos 10 años, circula por Latinoamérica uno de los debates más importantes por la gravedad de sus consecuencias políticas: o gobierno de partidos o gobierno de ciudadanos. A partir de una crítica a los partidos se pasa a la afirmación de que sería preferible un sistema donde la sociedad civil gobernara sin mediación de ellos. En sus versiones más extremas, se plantea una disyuntiva: o gobierno de partidos o gobierno del pueblo.

El argumento anterior es peligroso porque es mitad verdad y mitad falso.

Jugando a los Bolos en Solitario

Uno de los fundamentos de esta propuesta es una mala lectura de la realidad de Estados Unidos. Desde hace más de dos siglos se ha destacado como un rasgo altamente positivo de la democracia norteamericana el hecho de que al lado de las instituciones del Estado y de los partidos políticos existe una muy fuerte sociedad civil, esto es, miles de organizaciones de ciudadanos, independientes del gobierno, destinadas a perseguir objetivos específicos, sean ellos económicos, morales, sociales, religiosos, regionales.

Como lo he recordado, hace algo más de una década un distinguido profesor de Harvard, Robert Putnam, escribió un artículo titulado *Bowling Alone*, donde básicamente hacía dos afirmaciones. La primera es que el desarrollo de una democracia fuerte requiere de una sociedad civil fuerte. La segunda -y de ahí el título de "Jugando Solo a los Bolos"- es que en Estados Unidos se estaba debilitando la sociedad civil, lo que conduciría a una falta de compromiso con la democracia y a una erosión de la confianza en sus instituciones.

"¡Viva la sociedad civil!" fue el grito de guerra que bajo la inspiración de muchos europeos y norteamericanos empezó a campear victorioso por los pasillos del Banco Mundial, el BID, las más importantes fundaciones, los organismos de cooperación de los países desarrollados. El efecto de estas preocupaciones sobre América Latina fue enorme. Se definió que la democracia en la región estaba debilitada por la pobreza de su sociedad civil y empezó un gran esfuerzo de los organismos multinacionales y de las sociedades norteamericana y

El Juego de los Bolos y el Gobierno Ciudadano

europas por apoyar el surgimiento de toda clase de organizaciones no gubernamentales. América Latina requería una vibrante sociedad civil. Miles de ONGs surgieron como callampas y recibieron una ayuda que se tradujo en centenares de millones de dólares.

¿Qué había de malo en eso? En rigor, nada...salvo que faltaba llamar la atención sobre su contraparte, sin la cual estas agrupaciones ciudadanas podrían terminar desvirtuando e incluso, en extremos, destruyendo al sistema político.

Jugando a los Bolos en Chile

El empeño que hemos descrito, que habría de tener no poco éxito, ocurrió en el momento en que la región registraba un debilitamiento y crisis de los partidos políticos. Esa es la otra parte de la verdad; la que fue olvidada. En ese momento habría sido útil leer a otro profesor, esta vez de Princeton, Sheri Berman, cuyo célebre artículo algunos llaman irónicamente *Bowling with Hitler* y en que analiza la República de Weimar en las décadas de 1920 y 1930. Berman recuerda que Weimar era un sistema muy rico en asociaciones voluntarias, pero que "la vibrante sociedad civil" alemana de esos años "no sólo falló en solidificar la democracia y valores liberales, sino que los demolió". Instituciones políticas débiles fueron incapaces de responder a las demandas formuladas por las muchas organizaciones ciudadanas, llevando a estas últimas a cambiar su pertenencia a grupos nacionalistas, populistas y eventualmente al Partido Nazi.

Como ha sido dicho, "incluso en democracias establecidas con fuertes instituciones políticas hay, sin embargo, razones para dudar de la idea simplista de que en materia de sociedad civil *mientras más (sociedad civil), mejor*" (Thomas Carothers). No se critica el fortalecimiento de la sociedad civil, sino las consecuencias que crea el hecho de que ello ocurra en el marco de un sistema de partidos en franca declinación.

Jugando a los Bolos con Ollanta, Hugo, Lucio y Alberto

En las últimas dos décadas, a lo menos, los países de América del Sur han visto un fuerte desarrollo de la sociedad civil, en el marco de un creciente debilitamiento del sistema de partidos. Pero, para agravar más las cosas, con una sociedad civil en que muchos de sus componentes aspiran a sustituir al sistema de partidos y hacen de la crítica a ellos y de las instituciones de la democracia representativa una bandera fundamental.

El marco que crea la presión de una sociedad civil en confrontación con un sistema de partidos desprestigiado y debilitado, ha sido la oportunidad que han aprovechado figuras venidas de fuera de la política, verdaderos *outsiders*, para presentarse como líderes mesiánicos, con un discurso antipolítica y antipartidos, de rasgos populistas y antidemocráticos -de izquierda o derecha, poco importa- que han terminado minando o destruyendo la democracia representativa o atropellando derechos humanos y políticos básicos. Por esta vía hemos terminado jugando a los bolos con Alberto Fujimori, Hugo Chávez, Lucio Gutiérrez, Ollanta Humala.

El Juego de los Bolos y el Gobierno Ciudadano

Bolivia es el caso de un débil sistema de partidos, incapaz de ordenar en un proyecto nacional las demandas particulares de cientos de organizaciones cívicas, étnicas, asociaciones de coccaleros u otras actividades, que copan las carreteras, las interrumpen incluso por semanas, a la vez que desarrollan una variedad de otros comportamientos extralegales. Es la contradicción entre una débil "política en las instituciones" y una muy activa "política en las calles". Las expresiones más flagrantes de estas crisis fueron las caídas en el 2003 y el 2005 de los gobiernos de Sánchez de Losada y de Carlos Mesa, derribados no por los militares o los partidos, sino por una vibrante sociedad civil que hizo ingobernable el país e imposible el control del orden público. El triunfo de Morales, con el respaldo de más del 50% de los votos y el control mayoritario de ambas cámaras del Congreso parece haber resuelto la ecuación -momentáneamente, al menos- a favor de "la política en las instituciones".

Otro ejemplo ha sido el de Argentina, donde el descrédito de los partidos ha llevado a la emergencia de una pluralidad de grupos, "piqueteros", representantes de demandas específicas o anárquicas, que el poder político no puede satisfacer y, a veces, ni siquiera interpretar. Ello en el mismo momento en que el sistema de partidos, aceleradamente, se ha fragmentado.

En Ecuador es notable el activismo de cientos de ONGs, con abundante financiamiento internacional, que se disputan la representación de las demandas de grupos étnicos, regionales y de otro tipo, sin que ellas puedan ser canalizadas por uno de los sistemas de partidos más enfermo y fragmentado de la región. El resultado más evidente de este cuadro de ingobernabilidad ha sido tanto la caída de Mahuad, en el 2000, como la de Lucio Gutiérrez en 2005 que, de nuevo, no fue el resultado de la acción de los partidos ni de los militares, sino de grupos civiles, antipartidos, que hicieron inmanejable la situación.

Antipartidos

En Perú, Alberto Fujimori es también el caso de un *outsider* surgido como líder providencial frente al fracaso de los partidos y del gobierno democrático de Alan García, incapaz de controlar la violencia ("Sendero Luminoso") y responsable de desatar una hiperinflación. Fujimori triunfa a caballo de un discurso antipartidos, antipolítica y de fuertes rasgos populistas para terminar en 1992 en la disolución del Congreso, la aplicación de la ley marcial y un alegato contrario a la democracia representativa.

En Venezuela, la llegada a la actual situación fue pavimentada por un orden partidario desprestigiado y en crisis, en el medio de una sociedad civil fuerte cuyas desorbitadas demandas hacían imposible un manejo coherente de las políticas públicas. En 1992 Hugo Chávez encabeza un golpe apoyado en una fracción minoritaria del Ejército pero con fuerte apoyo popular. Es cierto que la intentona fracasa, pero ella va a ser el punto de partida que lo conducirá siete años después, a un triunfo electoral inobjetable, afirmado en un discurso en contra de los partidos y de la democracia representativa, planteando su sustitución por una democracia participativa y distintas formas de cesarismo plebiscitario. Chávez, a su vez, en abril del 2002, va a experimentar en su contra esa misma medicina cuando una asonada encabezada por gremios empresariales, sindicatos y gran variedad de organizaciones de la sociedad civil lo mantuvo fuera del poder por 48 horas y estuvo a punto de derribarlo.

En Colombia, a partir de inicios de los 90s, dos procesos corrieron a parejas: la destrucción del sistema de partidos (hasta el punto de llegar a tener, en el pasado Congreso, 47 colectividades con representación en el Senado) y el fortalecimiento de centenares de asociaciones de ciudadanos, muy críticas del orden

político. Tal vez éste sea un caso anómalo en que el líder antipartidos y antipolítica (el presidente Uribe) surge del interior del antiguo sistema, es liberal, para desafiarlo, ahondar su crisis, pero finalmente intentar su reconstrucción, aunque sobre nuevas bases, dictando una legislación tendiente a reducir el número de colectividades políticas y a reestablecer el orden en las bancadas parlamentarias.

El Dilema que no Existe

La idea de un dilema entre gobierno de ciudadanos o gobierno de partidos es absurda. Una democracia sana requiere tanto de una sociedad civil como un sistema de partidos fuertes. La función de los partidos no es competir con las organizaciones de la sociedad civil y mucho menos negarlas, sino tratar de incorporar las demandas particulares que ellas promueven en proyectos nacionales.

A su vez, el intento de la sociedad civil de sustituir a los partidos ha desatado crisis de gobernabilidad que los pueblos pagan muy caro. Si los partidos están desprestigiados y funcionan mal -lo que desgraciadamente es cierto- lo que cabe es reformarlos y depurarlos de sus vicios, pero no sustituirlos por entidades que cumplen roles enteramente distintos.

Una política de desarrollo de la democracia debe poner el mismo énfasis en fortalecer ambos tipos de instituciones. Nos parece erróneo lo que ha venido ocurriendo hasta ahora, especialmente, bajo la inspiración de los organismos multinacionales, de promover el desarrollo de la sociedad civil sin un esfuerzo equivalente por fortalecer los partidos. Una democracia donde hayan partidos políticos fuertes y una sociedad civil débil, es un sistema político mal dispuesto. Una democracia donde exista una sociedad civil fuerte frente a un sistema de partidos débil es, tal vez, un sistema aún más enfermo que el anterior.

Genaro Arriagada: *cientista político y director de www.asuntospublicos.org*